



Trémolo era un músico apasionado.

Todos los días practicaba sin descansar. Sin embargo, lo que era música para sus oídos, para sus vecinos no era más que un insoportable ruido.



Una noche, al sonar las doce, Madame Astra Lunática, la vecina del piso de arriba que decía la fortuna, tocó a la puerta de Trémolo.

—¡Tú y tu maldita máquina de ruidos! —gritó—. ¡Con ese sonido has roto mi bola de cristal! ¡Maldito seas, tres veces maldito!

En ese momento, los ojos de Trémolo se encontraron con la terrible mirada mágica de la adivina.

A la mañana siguiente, como era su costumbre, Trémolo practicó por horas con su tuba, pero se dio cuenta de algo extraño: los tonos sonaban huecos, cada vez más y más huecos: ¡la tuba se había llenado de música! Literalmente las notas tomaron forma, eran redondas y negras como las aceitunas.

¡El hechizo se había cumplido!



De igual manera pasó con los demás instrumentos.



Esa misma tarde, Trémolo debía tocar en un funeral.





Durante el cortejo avanzaba con dificultad porque la música salía de su tuba en forma de perlas negras que se esparcían por todo el camino.





El cortejo fúnebre terminó en un tumulto. Los dolientes se resbalaron, tropezaron y rodaron debido a las perlas que salían del instrumento de Trémolo.



Trémolo dejó de tocar
y salió corriendo de la terrible
escena hasta llegar a su casa.